

ORÍGENES DE LA MONARQUÍA ASTUR-LEONESA (1)

PELAYO, EL REY INVEROSÍMIL

Jorge Rivas

«El reino asturiano presenta un conjunto de problemas relativos a datos fácticos e historiográficos exclusivamente suyos. Los autores cristianos latinos que escriben en el centro o el sur de la península a mediados del siglo VIII no hacen mención alguna a sus correligionarios del norte, y no es de extrañarse que el trato concedido al reino en las fuentes árabes sea de alcance limitado y de carácter fuertemente partidista. Por todo ello, las breves crónicas escritas en Asturias a fines del siglo IX son la principal, y en muchos casos la única, fuente de información para la historia de este reino cristiano». Así describe ROGER COLLINS en su libro «La conquista árabe. 710-797» (Editorial Crítica, Barcelona, 1991) el panorama que se le presenta al estudioso que desea investigar los orígenes del reino asturiano. Por si esto fuera poco, la información contenida en las dos crónicas, la llamada «Crónica de Albelda» y la conocida como «Crónica de Alfonso III», es relativamente escasa, aunque la rebelión y la batalla victoriosa librada contra los árabes en Covadonga ocupen una cantidad desproporcionada del espacio asignado a los sucesos del siglo VIII; algo bastante lógico si tenemos en cuenta que el linaje dominante de los reyes de Asturias hacia remontar sus antepasados hasta Pelayo, por lo que la justificación ideológica de su dominación había que buscarla en este personaje. Además, la perspectiva de estas crónicas es de la de su propio tiempo, y nos dicen más sobre las percepciones del siglo IX que sobre las realidades del VIII.

A pesar de este panorama tan desalentador, Jorge Rivas, habitual colaborador de esta revista, se anima en el artículo que sigue (que tendrá su continuación en el próximo número), a intentar una reconstrucción de los hechos acaecidos en los años previos a la batalla de Covadonga, basada principalmente en la que realiza Claudio Sánchez-Albornoz en su ya clásica obra «Los orígenes de la nación española: el reino de Asturias», 3 vols., Oviedo, 1972-1975.

«La figura de Pelayo, así como la historia de los orígenes de la Reconquista, aparecen envueltos en tinieblas tan espesas que es muy difícil, casi imposible, sacar a la luz la parte de verdad que pueda haber en el fondo de las confusas fábulas y leyendas de los cronistas musulmanes y cristianos».

CLAUDIO SÁNCHEZ-ALBORNOZ

Los hechos que dan origen a la monarquía astur-leonesa son oscuros y se desdibujan entre leyendas y mitos. Unos hechos en apariencia sencillos de explicar y que probablemente no hubieran tenido jamás influencia alguna en el devenir histórico fueron «a posteriori» magnificados con leyendas y exageraciones hasta sobrepasar los límites de su propio alcance. En todo caso, los orígenes de la monarquía astur-leonesa están íntimamente identificados con Pelayo y Covadonga, convertidos más tarde en símbolos de la resistencia cristiana frente a la invasión musulmana.

Según los testimonios de las crónicas medievales, cristianas y musulmanas, y guiándonos, en lo fundamental, por la reconstrucción de los hechos realizada por Claudio Sánchez-Albornoz, comenzamos nuestro relato en los días en que Egica era rey de los godos con capital en Toledo.

En 687, Egica es ungido en Toledo como rey de los godos. La Crónica Mozárabe dice de él que «persiguió a los godos con amargas muertes». Entre los funcionarios de palacio encontramos a Fáfila, duque de Cantabria y padre de Pelayo, el cual cayó en desgracia y fue desterrado a Tuy - aunque se ignora el motivo-. En 700, asocia a su hijo Vitiza al trono y le nombra soberano, pasando éste a ocupar la gobernación de Galicia con sede en Tuy. Allí tuvo un gravísimo enfrentamiento con Fáfila, «a causa de la esposa» - cabe cualquier interpretación en estas palabras- a quien mata golpeándole en la cabeza¹.

En 702 muere Egica y Vitiza pasa a ocupar el trono de Toledo. La Crónica Mozárabe lo describe como un hombre benévolo que hizo llamar a aquellos que su padre habla desterrado, les devolvió sus propiedades y sus esclavos, quemó públicamente las declaraciones de deuda al Tesoro, que Egica les habla obligado a firmar, y les devolvió sus cargos

palatinos. Cabe suponer que la amnistía benefició también a los descendientes de los desterrados quienes por las ordenanzas del XVI concilio de Toledo no podían ocupar cargos palatinos. Así, según nos cuenta la Crónica Rotense, vemos a Pelayo llegar a la corte toledana de Vitiza para ocupar el cargo de «espartario»². Esto debió durar poco ya que, según la Albeldense, Pelayo fue expulsado de la corte por Vitiza y su rastro se pierde, caído en desgracia al igual que su padre.

Vitiza deseaba a su vez que uno de sus hijos, Agila, le sucediera en el trono y como paso previo lo nombró «dux» de la provincia del Nordeste -Tarraconense-. En 710 muere Vitiza y Agila es nombrado heredero. Sin embargo, la oposición aristocrática y los funcionarios palatinos eligieron como rey a Rodrigo, duque de la Bética; esto desencadenó la guerra civil entre los dos bandos³.

¹ Sánchez-Albornoz nos cuenta que Fáfila era dignatario de la corte del rey Egica. Fue víctima de la cólera de Vitiza, hijo del rey, quien, en Tuy, a causa de la esposa -*qadam occasione uxoris*- le golpeó la cabeza causándole la muerte. Por su parte, Ignacio Bertrand Bertrand nos informa que el rey godo Egica asoció a su hijo Vitiza al trono cuatro (?) años antes de morir y le dio la gobernación de Galicia, con residencia en Tuy donde se enfrentó con el duque de Cantabria, Favila, a quien parece ser que ordena sacar los ojos - pena que se aplicaba a la traición- o lo mandó matar de un golpe de clava a orillas del río Orbigo en León - quizás en su viaje de huida de Tuy a Cantabria, a fin de evitar la cólera del rey -.

² GIL FERNÁNDEZ, *Crónicas Asturianas*. El cargo de espartario parece ser el de un componente del séquito militar del rey con atribuciones en los servicios de seguridad. Menéndez Pidal opina que el espartario era el jefe de la guardia real.

³ Tradicionalmente entre los godos la monarquía era electiva y no hereditaria. Los pares de la aristocracia elegían nuevo rey a la muerte del anterior. El motivo para la guerra civil pudo ser, entre otros, el quebrantamiento del principio de elegibilidad: Agila no podía ser rey sólo por ser hijo de Vitiza; necesitaba ser elegido. La Crónica Mozárabe nos dice, sin embargo, que el trono fue ilegalmente usurpado por Rodrigo «a instancias del Senado».

Llegada la primavera de 711, Rodrigo se encuentra en el Norte ocupado en disputas con los vascones. Esto es aprovechado por los herederos de Vitiza para llamar en su apoyo a los guerreros musulmanes que en ese momento ya hablan conseguido llegar a la costa africana del Estrecho. El Gobernador musulmán del Norte de África, Musa ibn Nusair, envía a su general Tariq al otro lado del Estrecho al mando de un reducido ejército. Nada más pisar la Península, Tariq acampa en lo que hoy es Algeciras y allí se le unen las fuerzas de los herederos de Vitiza. Rápidamente inicia la marcha hacia el Norte.

Cuando le notificaron la invasión, Rodrigo se puso en marcha con su ejército, hacia el sur. En el *Wadi lakkah* de los geógrafos árabes - Guadalete, el valle del río Sarbate - tiene lugar en julio de ese mismo año el choque entre el cuerpo de desembarco y las tropas del rey Rodrigo. Durante la batalla que duró siete días, el ejército de Rodrigo sufrió enormes pérdidas. No sabemos que fue de Rodrigo tras la aplastante derrota: o bien se ahogó, o bien huyó, desapareciendo.

En todo caso, Tariq no tardó en continuar su marcha hacia el norte. Esta victoria derrumbó la organización central del reino visigodo que se vino abajo como un castillo de naipes. Tariq comprendió rápidamente que Hispania se abría ante él y se dirigió a la capital visigoda, Toledo. Desde Jaén llegó a Toledo sin mucha oposición y encontró la ciudad desierta, obteniendo un enorme botín; allí se estableció para pasar el invierno.

Un año después de Guadalete, en julio de 712, es el propio Musa quien desembarca en la Península dirigiéndose a la conquista de Sevilla y posteriormente hacia el norte siguiendo el curso del río Guadiana para dar batalla a un fuerte reagrupamiento de godos. Éstos se vieron obligados a refugiarse en Mérida donde hicieron frente a los musulmanes hasta junio de 713. Tras el invierno de 713, tres grandes columnas militares con sedes en Astorga - al mando de Tariq-, Aragón - Fortún- y Zaragoza -Musa-, componen el grueso del ejército y facilitan la plena integración del territorio. Así, en 714 caen la Tarraconense y el valle del Ebro en po-

der de los musulmanes, que llegan más allá de los Pirineos. Ya en el Ródano encuentran una fuerte oposición y retroceden hasta el extremo Noroeste de la Península, conquistando León y Galicia y obligando a sus últimos adversarios godos a refugiarse en Asturias.

A continuación, Musa penetra en las Asturias transmontanas, probablemente por la antigua calzada romana que unía León con Gijón - la «Jejone» a «Gegione

Rotense, que «cumplía en la ciudad de Gijón las órdenes de los sarracenos sobre los astures».

¿Qué fue de Pelayo durante el transcurso de estos hechos? Las noticias son confusas y hasta cierto punto contradictorias. Por un lado, la Albeldense nos dice que Pelayo fue expulsado de la corte por Vitiza y se encontraba en Asturias antes de la invasión musulmana. Por su parte, la Rotense nos cuenta que cuando Rodrigo se ciñó la corona, Pelayo recobró su puesto de espartario en el palacio.

Posteriormente huyó a los montes tras la conquista musulmana. Aún más, la Sebastián alude expresamente a la huida hacia Francia y Asturias de los supervivientes de Guadalete.

«Arruinado el reino godo - nos dice Sánchez-Albornoz-, como quiera que fuese, Pelayo marchó con su familia al norte». Uno más entre los restos del naufragio visigodo: civiles desplazados, restos del ejército, funcionarios en la corte o el gobierno, nobles, magnates y terratenientes... «Firmada la paz -continúa- al cabo entre los refugiados godos y la gentes del país, de una parte, y los musulmanes de la otra, Pelayo penetró con su hermana en Asturias y allí se estableció quizás al amparo del pacto que concedía a los habitantes de la región el disfrute de sus tierras mediante el pago de la capitación y el del impuesto territorial».

Quizás Pelayo ya vivió en el valle de Cangas de Onís desde su llegada, sometido a la autoridad del valí Munuza y gozando de una cierta tranquilidad obtenida al precio de la sumisión,

acaso asumiendo unas ciertas responsabilidades sobre su propia región y su pueblo, tanto si era un representante de la nobleza local asturiana como un godo con fuerte arraigo familiar entre los astures.

Todo parecía ir aceptablemente bien y, sin embargo, Pelayo se sublevó contra el poder musulmán. ¿Cuál fue la causa de esta rebelión? La Rotense nos cuenta que el valí Munuza se enamoró de la hermana de Pelayo pero éste se oponía al matrimonio de su hermana con Munuza. Aprovechando una orden del emir al-Hurr para que le sean enviados rehenes a Córdoba, Munuza envía a Pelayo a la capital musulmana «con el pretexto de una comisión», acaso relacionada con las con-



Don Pelayo (718-737). Biblioteca Nacional de Bellas Artes. Madrid

marítima» romana -. Según Ibn al-Athir, Musa llegó a Lukk⁴, la cual destruyó, a las riberas del Océano y a la Peña de Pelayo - Belay, el rumí -. Al-Maqqari nos informa que Musa se apoderó de Gijón y la convirtió en cabeza del nuevo territorio. Allí, un enviado del Califa le obligó a volver a Damasco por lo que Musa nombró «valí» -gobernador- al bereber Otman ben Neza, el Munuza de las crónicas cristianas, «compañero de «Tariq», del cual dice la Albeldense, coincidiendo con la

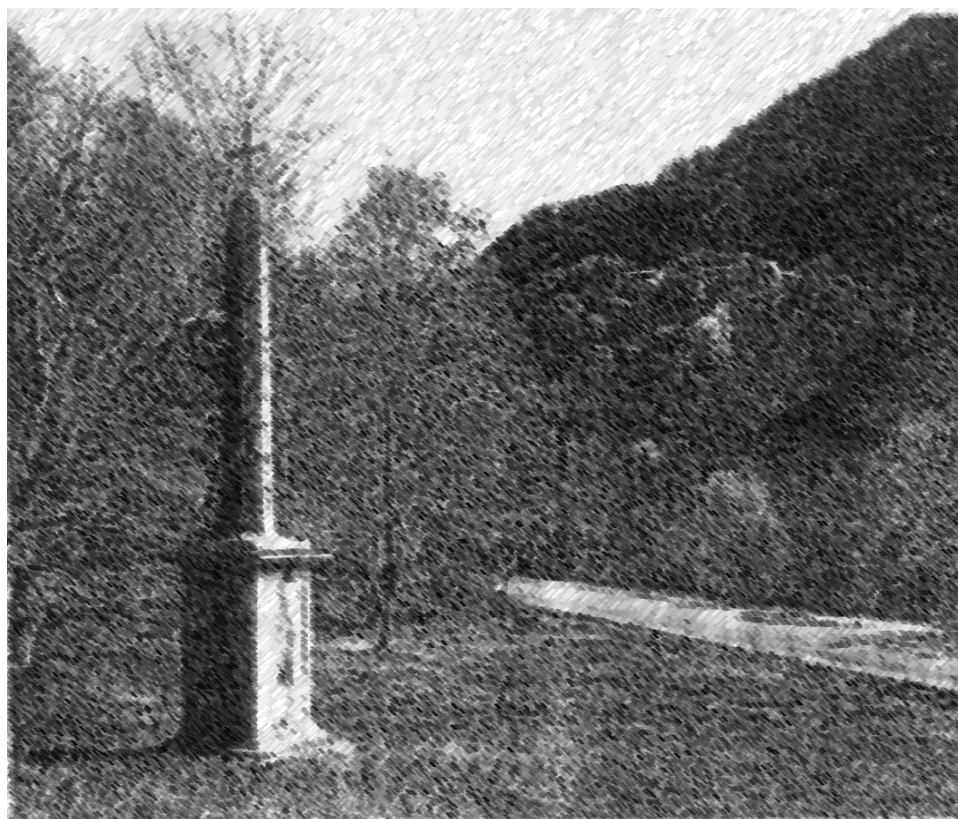
⁴ Para Gabal y Barrau-Dihigo, Lukk sería Lucus Augusti - la actual Lugo, en Galicia -, pero para Saavedra se trata de Lucus Asturum, hoy Lugo de LLanera, muy próxima a Oviedo.

diciones de sometimiento de los astures⁵.

Pelayo permaneció retenido en la corte de al-Hurr hasta que entre marzo y agosto de 717 consigue escapar de Córdoba y retornar a Asturias tras un largo y arriesgado viaje. Mientras tanto, Munuza había aprovechado su ausencia para casarse con su hermana - o bien incorporarla al harén -. Enterado Pelayo de este matrimonio comenzó a conspirar contra Munuza. Por su parte, el emir de Córdoba habla enviado agentes tras el rastro del fugitivo con órdenes para Munuza de que lo arrestara y lo devolviera preso a Córdoba.

Ya en el camino de la rebelión abierta contra la autoridad del gobernador musulmán, Pelayo se ve forzado a escapar de las tropas encargadas por éste de su captura. Consigue llegar a Brece, donde, acosado, está a punto de ser prendido mediante engaños. «Pero Pelayo - nos dice Sánchez-Albornoz- supo por confianza de un amigo el peligro que le amenaza, y como el número de los perseguidores hacia imposible toda resistencia, procuró escapar disimuladamente de los hombres del valí. Seguido por ellos llegó al (río) Piloña, lo cruzó como pudo, y mientras los esbirros se detenían ante el curso del río, el futuro caudillo de los astures se acogió a los montes (picos de Europa)».

Según la Rotense, Pelayo, tras cruzar el río Piloña y huir de sus perseguidores, consigue llegar al valle de Cangas de Onís donde los habitantes de la comarca se disponían a celebrar una asamblea popular - «concilium»-. Allí Pelayo «hizo



Una antigua tradición asturiana sitúa la coronación en la campa del «Repelau». El obelisco conmemorativo es de mediados del siglo XIX.

correr sus órdenes por entre todos los astures» y fue elegido por ellos como su príncipe⁶, y aún el Poema de Fernán González no duda en reclamar la intervención divina en su coronación:

«Dixo les por el angel que Pelayo buscassen, quel alçasen por rrey e que a el catassen, en manparar la tierra todos le ayudasen, ca el les daría ayuda porque la anparasen».

Probablemente Pelayo fue coronado a

finales de 718, año en que las crónicas cristianas datan unánimemente el comienzo de su reinado. Pelayo, al cruzar el Piloña y escapar de sus enemigos, era ya un rebelde declarado que sólo tenía dos opciones, o bien huir y esconderse o alzar en armas a los astures y resistir. Pelayo no parece haber sido en absoluto pusilánime y sí rápido de reflejos y capaz de reaccionar frente a la adversidad. Renunció a huir y seguramente hizo sus primeros seguidores entre los astures que acudían al concilium. Alentó la sublevación, a no pagar los impuestos, y les movió a la venganza y a la lucha. «Entre aquellos bravos montañeses - nos dice Sánchez Albornoz- mal romanizados y peor sometidos a los godos tuvo eco el llamamiento del rebelde; se alzaron en armas y se unieron a Pelayo. Los convocó éste a una asamblea general; en ella lo reconocieron como caudillo y el antiguo espartario de Rodrigo, por azares de la fortuna, quedó así convertido en jefe de un levantamiento popular».

BIBLIOGRAFÍA

SÁNCHEZ-ALBORNOZ, C. (1986): *Orígenes de la nación española*, Sarpe, Madrid.

* Jorge Rivas es profesor de Enseñanza Primaria

⁵ Con esto, Munuza mataba dos pájaros de un tiro: por un lado enviaba a un rehén y por otro alejaba a Pelayo de Asturias para poder casarse con su hermana. El hecho de que Pelayo pudiera servir como rehén, es decir como aval del sometimiento y del pago de las tributos por parte de los cristianos de Asturias, parece indicar que ya era un personaje con suficiente importancia. Ballesteros opina que ya por entonces era una especie de Jefe local de los astures o quizás uno de los elementos representativos de los partidarios de Rodrigo.

Por otra parte, cabe indicar que el pretendido matrimonio de Munuza con la hermana de Pelayo no era un proyecto en absoluto descabellado y se ajusta a las pautas de comportamiento seguidas por los musulmanes en la Península. Según Sánchez-Albornoz: «El primer valí de España Abd al-Aziz, hijo de Musa, se había casado con Egilona, viuda del último rey goda (Rodrigo). Otros caudillos musulmanes se casaron con otras mujeres españolas...» «...y no puede sorprender que Munuza deseara casarse con la hermana de Pelayo».

⁶ En la historia de Pelayo casi todo parece estar confuso y abierto a varias posibilidades, incluso el lugar en donde fue proclamado rey. El suceso del «Repelau», es decir la coronación del príncipe-caudillo como rey de los astures es reclamado por varios lugares en los Picos de Europa. Una antigua tradición asturiana la sitúa en una campa a un kilómetro y medio de la Basílica de Cavadonga - campa del Repelau- donde un sencillo obelisco erigido a mediados del siglo XIX lleva esta inscripción: «EN ESTA CAMPO DEL RE-PELAU/DESPUÉS DE LA VICTORIA DE COVADONGA /ANUNCIADA POR LA APARICION DE LA SANTA CRUZ /FUE PROCLAMADO REY DON PELAYO//...». Queda en Soto de Cangas otro posible enclave de la coronación, en el llamado «campo de la jura». Mantienen los leoneses su versión en la ermita de Corona junto al Cares - tradición recogida por el historiador Justiniano Rodríguez- y en la Liébana el «Llan de Re» cerca de Redó y los Llanos.